

Ana Luisa Calvillo

La prisión más fuerte

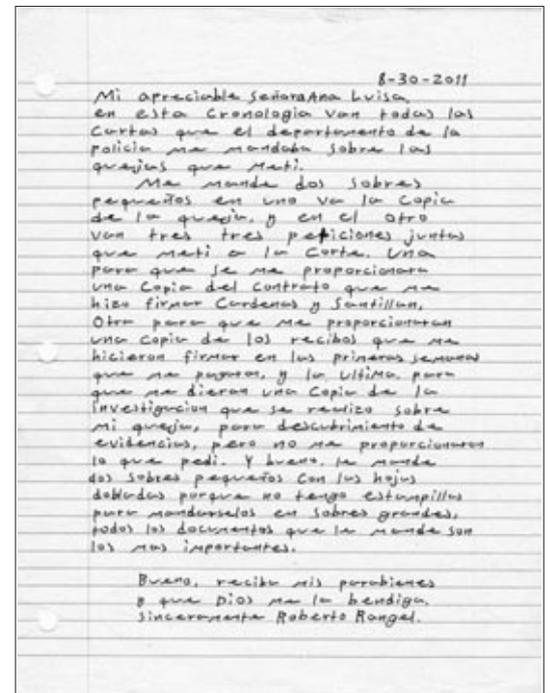
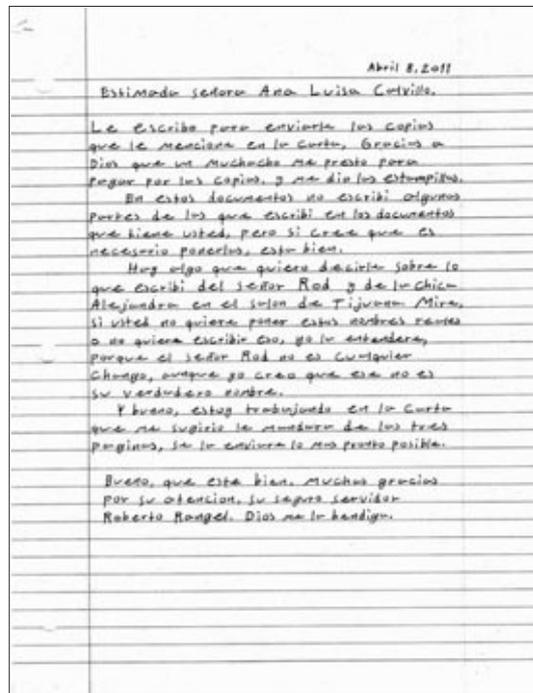
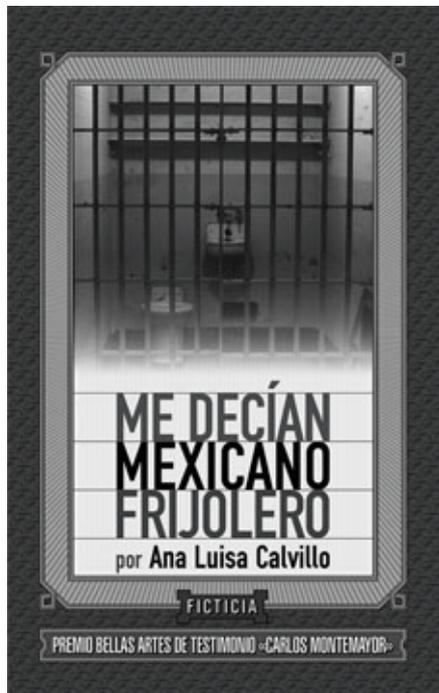
Guillermo Vega Zaragoza

Las cifras son contundentes: de acuerdo con la Universidad de Princeton, 11 millones de mexicanos indocumentados en Estados Unidos de América viven en condiciones casi de esclavitud, sin derechos sociales o políticos. Pero, además, de acuerdo con un reporte de la Secretaría de Relaciones Exteriores de nuestro país, 97.5 por ciento de los mexicanos presos en el extranjero (de un total de 43 países) lo están en Estados Unidos; es decir, 39 mil 398 personas, de las cuales 80 por ciento cum-

canos encuentran al emigrar al vecino del norte. En su mente inocente y bienintencionada imaginan que encontrarán trabajo y dinero para demostrar a sus familias —y a sí mismos— que pueden ser “alguien” que los ayudará a salir de la pobreza en la que viven en sus lugares de origen. Pero la dura realidad no se tarda en hacerlos despertar violentamente de su sueño.

Rangel, proveniente del estado de Michoacán, decidió en 1995 irse de mojado al otro lado. Luego de pasar las vicisitudes

de la policía y a vender droga decomisada por las propias autoridades. Amenazado con la cárcel y la deportación, Rangel fue maltratado, torturado y violado en múltiples ocasiones por un policía que en el libro lleva el nombre de Damián Rivas. En medio de ese infierno, fue utilizado como chivo expiatorio de un asesinato durante un tiroteo en un bar. Acusado de homicidio en primer grado, fue condenado con una pena de 57 años en una cárcel de máxima seguridad en Soledad, California,



Cartas de Roberto Rangel a Ana Luisa Calvillo, 2011

plen condena por delitos contra la salud o relacionados con el tráfico de drogas.

El testimonio de Roberto Rangel —contado en el libro *Me decían mexicano frijolero* de Ana Luisa Calvillo, distinguido con el Premio Bellas Artes de Testimonio Carlos Montemayor 2013— ejemplifica trágicamente el destino que muchos mexi-

comunes con coyotes y patrulleros fronterizos, fue reclutado como parte de una red de tráfico de ilegales, orquestada por la Unidad Antinarcoóticos del Departamento de Policía de Fresno, California, coludida con agentes de la DEA y la Oficina de Inmigración de Estados Unidos. Roberto fue obligado a trabajar como informante

donde ha estado preso por doce años. Roberto tenía todo en contra para defenderse: analfabeto, sin poder comunicarse en inglés, pobre e indocumentado. Ha apelado la decisión del juez ante diversas instancias, pero sin éxito.

Entonces entró en contacto con Ana Luisa Calvillo, a través de una organización

religiosa en Estados Unidos que había recibido sus cartas pidiendo el apoyo de un periodista para contar su historia. Se pusieron en contacto por correo convencional y la comunicación se convirtió en una entrevista. Luego de tres años de arduo trabajo, dio como resultado este testimonio.

Ana Luisa Calvillo (Ciudad de México, 1970) es una buscadora y contadora de historias, pero no para convertirse ella en el centro de atención, sino para darle voz

materiales a los que ha tenido acceso la autora son los proporcionados por el protagonista a través de carta y de viva voz. Por ello resulta notable su historia, no sólo por lo que narra, por la veracidad o verosimilitud de lo que se cuenta, sino por la forma en que el personaje presenta lo vivido: importa no tanto “la verdad” sino “su verdad”.

El testimonio de Roberto Rangel escapa a los lugares comunes de la odisea del

una hija a la que nunca ha visto, pero “no quiere que piense que no tiene para darle algo”. Por todo ello soporta lo indecible. Sus despropósitos lo convierten en presa fácil para aceptar cualquier propuesta que le hagan o a la que le obliguen. Víctima de las circunstancias y de la voluntad de otros, sus móviles son tan débiles como su capacidad de discernimiento, pero más fuerte aún es su miedo a “fracasar”.

Conforme se avanza en la inquietante lectura, uno se pregunta: ¿por qué simplemente Roberto no se regresa a México, en lugar de aguantar tanto ultraje a su dignidad como ser humano? Sorprende la forma elemental, básica, y si se quiere hasta simplista, en que Roberto explica sus acciones y se explica a sí mismo las complejas circunstancias en que se ve envuelto. En su relato hay inconsistencias, contradicciones e inverosimilitudes que pueden llegar a ser exasperantes y nos pueden hacer dudar de su falta de responsabilidad en el homicidio. Si esta historia fuera una novela, sería una novela muy mala. Pero desafortunadamente no lo es: la realidad sí que es una mala novela, donde los personajes son contradictorios, no son heroicos ni de una pieza, no son valientes ni arrojados, y al final no triunfan el bien y la justicia, ni los malos pagan por sus fechorías.

Y, sin embargo, ya en la reclusión, Roberto Rangel pudo finalmente imponerse a sus miedos y encontrar el valor para contar su historia. Dice en el capítulo que cierra el libro: “No sé qué prisión es más fuerte, ni cuál es la más severa: si la que me privó de la libertad o la que llevo en el alma”. Su testimonio es un punto de partida para muchas cosas: para provocar la reflexión en quienes se encuentren en circunstancias similares o tengan planeado emigrar al norte; para impulsar estudios sociológicos, legales, políticos y hasta psicológicos sobre los estragos de la corrupción en México y Estados Unidos, pero sobre todo es un grito de alerta para poner atención a una realidad lacerante que de tan cotidiana la hemos hundido en el silencio. **U**



© Alexis Gerard

Cárcel de la Soledad, California

digna a los protagonistas de esos relatos. Desde la biografía desautorizada de un celebrado escritor, pasando por la historia de éxito de un director de orquesta infantil en uno de los municipios más marginados del país, hasta entrevistas con artistas contraculturales, Ana Luisa ha puesto al servicio de los otros sus cualidades de excelente escritora y rigurosa periodista.

En *Me decían mexicano frijolero* están, descarnados, la voz y el testimonio de Roberto Rangel. La escritora ha desaparecido por completo: lo que ha hecho es darle orden y estructura adecuados a la narración, en un trepidante relato en primera persona, sin maquillaje ni florituras. Calvillo se ha enfocado en mostrarnos la versión de los hechos como los vivió y los recuerda Rangel. En este sentido, no se trata de un reportaje ni de una crónica, pues los

indocumentado y del relato carcelario edificante o miserabilista que tantas veces se nos ha presentado en la literatura, los noticieros, el cine y las series de televisión. La violencia y la corrupción del sistema no “superan a la ficción”. Aquí estamos ante la realidad pura y dura. El infierno es real y eso es lo que encuentran los inmigrantes indocumentados en Estados Unidos.

Un aspecto que llama poderosamente la atención del relato de Roberto Rangel es la posibilidad de adentrarnos en su subjetividad, en lo que podríamos llamar su “cosmovisión”, que no ha de ser muy diferente a la de millones de compatriotas que se aventuran a cruzar el Río Bravo en busca de “ser alguien”. Roberto en todo momento quiere “demostrar que puede” a su padre, no se imagina regresar “derrotado” a su pueblo; fantasea con conocer a

Ana Luisa Calvillo, *Me decían mexicano frijolero*, Instituto Chihuahuense de Cultura/Ficticia, Chihuahua/México, 2015, 112 pp.